

90 MINUTOS PARA CONMOCIONAR A UN PAÍS

La muerte de Gerardo Villeda Kattán ha golpeado la conciencia colectiva con una fuerza inusitada, y su rostro se ha tornado en símbolo de la indefensión ante la delincuencia. Quedan ahora para la reflexión unos padres que quieren que su dolor sea gérmen de movilización social y un procedimiento policial cubierto por un manto de dudas.

Crimen contra la inocencia

ERNESTO VILLALOBOS

A las nueve de la mañana del día 21 de junio, Merlin del Cid, periodista del canal 33, transmitía en vivo por teléfono celular, desde Mejicanos, el triste desenlace de un secuestro.

Gerardo Villeda Kattán, de nueve años, había muerto en el momento en que una unidad del Grupo de Reacción Policial (GRP) de la PNC intentaba rescatarlo de sus captores. Ante las cámaras, Mauricio Sandoval, director de la PNC, anunciaba inmediatamente que los secuestradores habían ejecutado al niño a sangre fría. La noticia llegó hasta la Colonia Miralvalle, donde vivía Gerardo. Los vecinos se encargaron de avisar a su padre de la tragedia de la que recién se enteraban por la televisión.

Miguel Ángel Villeda, en una apuesta de esperanza, encendió su televisor y rogó desde el fondo de su alma que fuera mentira, pero la voz distante de un capitán de la Policía corroboró la muerte de su hijo. De la pantalla se cayó un nombre, el de Eduardo Henríquez, alias "Gigio", como probable asesino. Villeda corrió a la puerta y lanzó un grito de ira: "¿por qué no me mataron a mí?". El silencio fue su única respuesta.

Tan sólo dos horas y media antes, Villeda había desayunado junto a su hijo, vestido con el pantalón verde cuadriculado y la camisa blanca del uniforme del colegio Maquilishuat,



La vivienda en Mejicanos donde murieron el niño Gerardo Villeda Kattán, dos secuestradores y dos policías del GRP, se mantiene acordonada.

donde estudiaba tercer grado. Ese, como todos los días, se preparaba para llevar a sus hijos, Gerardo y sus dos hermanitos, a la escuela.

ENEMIGO EN CASA

Los secuestradores, con Rolando Bautista, alias "Geovani", a la cabeza, habían planificado cuidadosamente el plagio.

Tenía controlado los movimientos de la familia Villeda Kattán. Carlos Flores, un empleado de confianza de Miguel Ángel Villeda, que por años había trabajado para la familia en su taller de mecánica para automóviles, le había proporcionado información completa sobre las entradas de dinero de la familia y sobre sus movimientos cotidianos. La banda sólo hubo de corroborarlos: la noche del miércoles 20 de junio, vecinos de la familia denunciaron a la PNC la presencia de sospechosos rondando su casa, en la calle Motocross.

En esa visita, los secuestradores, probablemente, ultimaban detalles; la hora y el lugar del plagio ya estaban fijados. El plan, trazado a la perfección por los líderes de la banda —un exguerrillero, "Geovani", y un ex militar, "Gigio"—, contemplaba una jugosa ganancia.

Sin embargo a las cuatro de la mañana del jueves 21, alguien puso a la PNC en sobreaviso de un secuestro que se realizaría ese día. Oficialmente, se trató de una llamada al sistema de

FOTO EDH / MANUEL ORELLANA

DISCEN / JUAN DURÁN

90 MINUTOS PARA CONMOCIONAR A UN PAÍS

emergencia del 911; diversas fuentes hablan de un agente infiltrado en la banda.

Como fuera, el informante no alcanzó a dar la identidad de la víctima ni el lugar en el que se perpetraría el secuestro. Si dijo dónde lo mantendrían en cautiverio y el vehículo que utilizarían: la dirección, Avenida Central y Calle Yáñez, en Mejicanos; el vehículo, un Honda Civic blanco placas P 294-742. Según se barajó en un principio, la Policía habría sabido, incluso, que se trataba de un alumno de la Escuela Maquilishuat. Datos vagos... y poco tiempo para actuar.

La policía desplazó a la dirección en Mejicanos a una unidad antise-

cuestrados del GRP y a dos carros con detectives de civil. A las seis de la mañana, los policías rodearon el área y se dispusieron a esperar. No tardó en salir el vehículo. Todo coincidía con los datos de que disponían, pero los policías no sabían ni cuántos secuestradores eran, ni el tipo de armas que usaban. Ni lo más importante: ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿a quién?...

Los detectives salieron en discreta persecución de los sospechosos, pero el tráfico de la hora pico de la mañana les impidió llegar con ellos a la colonia Miralvalle. Antes de llegar a la calle Motocross, los perdieron. Los agentes optaron por regresar a Mejicanos. Allí, de nuevo a esperar.

PARECÍA UN ROBO

El Honda Civic siguió su ruta trazada, hasta la casa de los Villeda Kattán. Rondaban las 6:30.

En lugar, Miguel Ángel Villeda se disponía a subir a su carro para ir a dejar a sus hijos a la Escuela. Abrió el portón. Todavía no había terminado de sacar su vehículo cuando un enmascarado le apuntó a la cabeza con una pistola. La mirada y características físicas de aquel asaltante se

quedaron grabadas en su mente. Era un hombre alto, y su pasamontañas, con amplios agujeros en los ojos y en la boca, dejaba ver unos ojos hundidos, un bigote ralo y una boca grande. Después se identificó al individuo como Silvestre Abigail Gómez.

Villeda, confundido, le pidió que no les hiciera daño. El agresor le quitó las llaves del carro, su reloj, el celular y una pulsera, y también le exigió que le diera una pistola que usualmente portaba. En ese momento, la víctima no entendió lo que pasaba, ni se preguntó por qué el ladrón sabía de su arma.

En apenas un minuto, el encapuchado se esfumó. Villeda pensó que lo peor ya había pasado, y corrió adentro de la casa para sacar un arma y buscar en su dormitorio el duplicado de las llaves del carro. Intentó hablar con su hermano por teléfono, para que éste le avisara a la Policía, pero los nervios le habían borrado su número de la cabeza. Desistió.

Se subió al automóvil junto al mayor y el menor de sus hijos. Asumió que Gerardo quedaba en la casa, puesto que, ni antes ni después del ataque le había visto salir al patio. Arrancó y salió. Ya en camino, a la altura del Boulevard Constitución, contactó por fin a su hermano y le pidió que diera parte a la Policía de lo que él todavía pensaba había sido un robo. Decidió que sus hijos no irían a la escuela ese día, dio la vuelta y regresó a la casa.

Al llegar, le dijo a Juanita, su sirvienta, que cambiara a sus hijos, porque ya no asistirían a la escuela. La doméstica entre sollozos le dijo que se habían llevado a Gerardito. El padre le replicó el por qué no se lo había dicho antes. "Pensé que detrás de ellos iba", le contestó ella.

La mujer había sido testigo de cómo dos hombres enmascarados, mientras el otro apuntaba con una pistola a la cabeza de don Miguel An-



FOTO EBY / ARCHIVO

Una condena sumaria

“ELLOS LO EJECUTARON”

Las palabras del director de la PNC cuando anunció que los secuestradores habían matado a Gerardo Villeda despertaron, atizadas por los medios de comunicación, las demandas más apasionadas por la pena de muerte.

Personalidades de la política nacional no tardaron en lanzarse a debatir sobre la medida, y en la Asamblea Legislativa el diputado de ARENA y exdirector de la PNC, Rodrigo Avila fue más lejos que el resto y clamó por la castración de los violadores. El presidente Flores engavetó sus anteriores manifestaciones en contra de la pena capital y se sumó a la cruzada, y dejó solo al vicepresidente Carlos Quintanilla en su oposición al castigo máximo.

El martes 26 de junio, los acusados del crimen llegaron a una audiencia inicial al Juzgado décimo quinto de Paz. La jueza encargada del caso decretó que pasaran a fase de instrucción con un plazo de dos meses. La resolución era la esperada por la opinión pública, la fiscalía y la misma defensa, que no apeló el fallo. El acusado de haber disparado contra el niño, un delincuente habitual conocido como el "Gigio", manifestaba su inocencia y alegaba que las pruebas de balística la probarían.

El tiempo debía ser juez, pero el "Gigio" no lo tuvo. A las pocas horas de ingresar en el Penal de San Francisco Gotera, fue encontrado muerto en la celda que compartía con reconocidos se-

cuestradores, algunos de ellos excompañeros suyos en diferentes bandas. Había sido estrangulado. Algunos medios hablaron de "ajusticiamiento"... se trataba, en verdad, y pese a la deformación interesada de los enfoques, de un asesinato.

Las investigaciones de Medicina Legal y de la Fiscalía aún se encuentran en sus primeros pasos, y no se ha podido establecer con certeza de qué arma (o armas) salieron las siete balas que acabaron con la vida de Gerardo Villeda. Sin embargo, el ministro de Gobernación, Francisco Bertrand Galindo, insiste en asegurar que los secuestradores ejecutaron al niño. Su partido ya ha dicho que votará por la instauración de la pena de muerte.



FOTO EBY / ARCHIVO